

INÉS SANTA CRUZ

1. La reflexión postmoderna no constituye, ni lo intenta, un sistema. El prefijo “post” no implica superación, ni paso adelante, mas bien “rebasamiento” y paso al costado. Es sólo un desvío de la lineal carrera moderna, para realizar –desde afuera- balance crítico de la Modernidad

De dicho balance, donde se mezclan sensibilidad y especulación, derivan algunas conclusiones que, curiosamente, se enuncian a través de palpables metáforas: “la muerte de las ideologías”, “la borradura del sujeto”, “los juegos del lenguaje”, “el pensamiento débil”, “el adelgazamiento de la ontología”, “la muerte de los grandes relatos”, “el reino del simulacro”. Podría en realidad sintetizarse en otra comparación: “un virus” capaz de desarmar por implosión el programa computarizado de las creencias modernas.

Es posible identificarlo, casi exclusivamente, en confrontación con el pensamiento moderno. Es decir, las nociones de verdad, ser, presencia, centro, fundamento y sentido, así como las de sujeto, origen, finalidad, proyecto y confianza en el progreso indefinido, y también la noción de realidad.

Si bien el vocablo postmoderno es utilizado en primera instancia pro la Arquitectura y por la Crítica Literaria, el fenómeno “post” se extiende o coincide con otras manifestaciones: “post-estructuralismo”, o etapa “post-industrial”, que refieren significados distanciados.

A través de su divulgación se constituye en una explicación muy amplia para diversas modificaciones de la cultura, desde la estética a la política. Pero el eje radica en el intento de deconstruir toda una actitud metafísica, impugnando el pensamiento filosófico que se alinea entre Platón y Hegel; mientras privilegian una relectura de Nietzsche y de Heidegger. No es casual que esta revista tenga lugar en la segunda mitad del siglo XX, cuando crecen las inquietudes respecto de las consecuencias de una desenfrenada carrera tecnológica, a la que Heidegger considera heredera de la metafísica. Además, los riesgos de un nuevo totalitarismo, incentivan no sólo el enjuiciamiento de todo fanatismo ideológico, sino de todo intento de centralización de las normas, incluso “la ilusión de consenso”, según Lyotard.

Pero, las conclusiones más provocativas del pensar postmoderno radican en lo que se entiende como “borradura del sujeto”, así como el enjuiciamiento del “consenso como meta” según Lyotard. Por eso la contrapropuesta más rotunda se da en el campo de la Ética y se orienta hacia dos áreas de análisis; el sujeto y el discurso

Frente a las especulaciones sobre la “borradura del sujeto”, F. Savater reivindica su soberanía y propone un nuevo humanismo (laico, racional y hedonista). Ante la “regionalización de las normas” que predica Lyotard, K. O. Apel y J. Habermas rebaten con sus teorías acerca de las condiciones éticas de la acción comunicativa que tienen, contrafácticamente, al consenso como finalidad.

En síntesis, podemos observar que en pocas décadas asistimos a una maratón de propuestas dentro del apasionamiento que signo a la Modernidad.

2. La “obra de arte” es una entidad indefinible. Pero en la actualidad se la observa desde dos perspectivas distintas, aunque a veces concurrentes: la Estética y la Semiótica. La primera ha experimentado los cambios de la misma tradición filosófica, desde Platón y Aristóteles hasta la Fenomenología. Se consideró al arte la captación de la belleza de la Idea, de la Realidad, de su representación mediante la mimesis y la poiesis, del acierto de la proporción, de la unión de lo bello con lo conveniente, de la subjetividad del “genio” y del estilo, de la racionalidad de la belleza, de una “*cognitio confusa*”, de un modelo universal o regional de belleza, de la fantasía, de la intencionalidad o de la pertenencia.

Al dejar de lado todas estas categorías, la semiótica la reduce a un trabajo que se realiza –en la literatura especialmente- en el ámbito del código. Según Barthes la “obra maestra” es aquella que alcanza “al tope del código”, es decir, aquella que por su completad anula todo metalenguaje.

Por un lado la Semiótica evalúa el efecto de combinación, por otro, la estética encuentra el efecto poético. En ambos casos hay acuerdo respecto al acontecer de una experiencia diferencia, que una califica como la anulación de todo metalenguaje y para la otra es el momento de lo indecible (E. Garroni).

No obstante, hoy asistiríamos a una desterritorialización del concepto de “obra de arte”. Así como en la plástica escapó las fronteras del cuadro, en la literatura salió del texto y se comparte con el arte de la interpretación. Además, incluso el conocimiento científico incorporaría el azar y lo poético, según el concepto de “paralogía” de Lyotard.

3. La exclusión del sujeto, literalmente sólo puede considerarse desde determinada perspectiva analítica. Cuando Derrida reconstruye el discurso de Rousseau, éste no deja de ser en alguna medida un referente ineludible.

Pero el sujeto está condicionado por las tradiciones (su pertenencia), la lengua y la historia de los discursos aceptados, a los que adhiere o impugna. Este condicionamiento vale para emisores y receptores.

La aparente borratura del sujeto es –a veces- efecto de un cambio en las técnicas de representación. El mentado hidalguismo spot-dovstoievskiano no siempre es verdadera polifonía, aunque se yuxtapongan formas elocutivas diferenciales.